

Época

Entre el siglo XV y el XVI España se va unificando políticamente mientras culmina el proceso de la Reconquista. En 1492 se produce la expulsión de territorio español de moros y judíos impulsada por los Reyes Católicos, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. Luego, en menos de cuarenta años, las posesiones españolas abarcarán casi toda la península Ibérica (excepto Portugal), los Países Bajos, Luxemburgo, Borgoña, el Franco Condado, Austria, Milán, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, enclaves en el norte de África, inmensas extensiones en América y el imperio de Alemania, ya que Carlos I de España es al mismo tiempo Carlos V de Alemania. El imperio “donde nunca se ponía el sol” recibió de la conquista y colonización de tierras americanas 185.000 kilos de oro y 16 millones de kilos de plata entre 1503 y 1660 aunque los comerciantes españoles controlaban tan solo el 5% del intercambio con las posesiones americanas. Estas increíbles riquezas pasaban por España para pagar sus múltiples guerras, el lujo de su nobleza y las crecientes deudas de sus monarcas, yendo a parar en las arcas de los comerciantes y banqueros extranjeros.

Esta entrada de recursos que no exigía gran trabajo consolidó la mentalidad española despreciativa del trabajo manual y el comercio, retrasó el desarrollo de una artesanía que en otros países evolucionaba, desató una gran inflación y, junto a la actitud religiosa de intolerancia, provocó un retraso de España con respecto al resto de Europa, donde se vivía la Reforma Protestante, combatida por la Contrarreforma española.

Se comienza a vivir una etapa de crisis que los intelectuales analizan con gran lucidez. El arte español vive un período de esplendor, el “Siglo de Oro”, atravesado por el gran movimiento cultural europeo denominado “barroco”.

El barroco

Este mundo nuevo, complejo, contradictorio y cambiante tuvo su manifestación estética en Europa en el siglo XVII, especialmente en los países contrarreformistas. Así como el período anterior, el Renacimiento, representó el ideal de la armonía y la perfección, ubicando al ser humano como centro del universo sin perder el profundo sentido cristiano de la vida reflejado en el humanismo, el barroco representa la pérdida del equilibrio, la desproporción, la sensación de decadencia, la conciencia terrible del paso del tiempo y la presencia de la muerte. El hombre del barroco observa que el mundo que lo rodea no ofrece mayores seguridades; los conflictos religiosos, las cruentas guerras, los problemas económicos y las tensiones sociales dan un marco de inestabilidad y crisis.

La expresión barroca se caracteriza por su complejidad formal y estructural. El arte barroco muestra los aspectos más opuestos y contradictorios, desde lo sórdido y cruel hasta el lujo, el brillo, la espléndida expresión de la riqueza. Una de las posibles etimologías del término barroco significa “perla deformada”, lo que da la idea de elemento muy valioso y bello aunque extraño y complicado. El universo mismo se percibe deformado, fugitivo, indeciso, una mezcla de verdad y mentira, realidad y ensoñación.

El barroco español tiene dos vertientes que, aunque no pueden ser radicalmente separadas, reunieron a los escritores de la época en dos grupos rivales, el culteranismo, cuyo máximo exponente fue don Luis de Góngora y Argote, y el conceptismo representado fielmente por Francisco de Quevedo y Villegas.

Culteranismo

Se caracteriza por la complejidad de la construcción sintáctica, la búsqueda de la metáfora inusual y las imágenes sensoriales abundantes y ricas .

La denominación de esta tendencia deriva del término “cultismo”, con el que se designan los vocablos de origen latino tomados en su forma original, y que son abundantemente utilizados por los poetas culteranos. La cultura latina tiene gran influencia no sólo en el vocabulario sino en la presencia de alusiones mitológicas y en el orden sintáctico al modo latino (denominado *hipérbaton*)

que resulta violento y de difícil comprensión en la lengua castellana.

Lo artificioso de la poesía culterana entorpece la lectura pero también produce extravagancias de extraña hermosura. Se lo suele denominar también “gongorismo”, aludiendo a su mayor poeta.

Conceptismo

Se lo denomina así porque el centro de la expresión es el concepto; de allí sus características de síntesis y profundidad de pensamiento.

Los escritores conceptistas practicaron prosa y poesía y los más representativos fueron nuestro escritor, Francisco de Quevedo, y Baltasar Gracián.

Los temas polémicos, agudos, satíricos, filosóficos, fueron preferidos por ellos, expresados en la conjunción de antítesis, paradojas, juegos de palabras, en los que el vocablo, sin perder su aspecto formal, material, tiene esencialmente peso significativo como vehículo de la idea.

El juego de los contrastes paradojales, las antítesis en estructuras paralelas para la expresión de la ironía, el desencanto, la sátira o el pensamiento amargo, aparecen claramente en las obras de Quevedo.

Esta dualidad de corrientes -culteranismo y conceptismo- se entrecruzan, de modo que no es raro encontrar en Quevedo metáforas intrincadas e hipérbaton, como tampoco será extraño encontrar en Góngora el tema filosófico o el juego de antítesis. Otros escritores barrocos participaron más abiertamente de ambas tendencias, por ejemplo el dramaturgo español Pedro Calderón de la Barca o, en América, la monja mexicana sor Juana Inés de la Cruz.

Francisco de Quevedo y Villegas: Hombre del diablo, hombre de Dios.

Haber nacido en el seno de una familia acomodada y de excelente posición en la corte (Madrid, 1580) influyó para que el joven se iniciara precozmente en la agitada vida política de la época. Todos los acontecimientos de importancia son observados de cerca por el estudiante, que alterna las horas y el interés por su carrera universitaria con lances de amor y de espada, lo que revela un temperamento fogoso e indómito.

Sus primeras obras, que coinciden en parte con los años universitarios, son sátiras, escritos breves de tono festivo, en los que no falta a veces la alusión procax o la expresión de dudoso gusto. No debemos creer, sin embargo, que se trata solamente de manifestaciones de un espíritu juvenil, pues ya hombre adulto, supo continuar esta línea, en la que se inscriben sus obras de tono popular y que incluyen el lenguaje de los ambientes más bajos, que tan bien conociera y al que supo dar una jerarquía estética como pocos autores lograron hacerlo.

Y, sin embargo, se ha formado en el espíritu ascético y disciplinado de los jesuitas, espíritu que lo acompañará toda su vida y que florecerá en sus obras filosóficas. El sentido de la finitud humana, la decadencia y la muerte, el conflicto entre cuerpo y alma, y la certeza de la propia fugacidad volverán a su mente una y otra vez, generalmente después de los períodos de mayor agitación, cuando busca amparo en el reducto de sus antepasados, la Torre de Juan Abad.

La amistad se constituyó en un sentimiento de poderosos lazos. Así, su relación con el duque de Osuna no es simplemente la de protector-protegido, sino un afecto profundo que no se apagó ni siquiera cuando el duque, quizá forzado por las circunstancias y por la impopularidad que Quevedo se había ganado en Italia, cambió su cálida protección por una actitud fría y distante.

También se ha hablado mucho de un Quevedo que odiaba a las mujeres a quienes satirizó y criticó sin piedad; lo cierto es que su vida no revela situaciones amorosas de éxito, sino amores truncados o no correspondidos y una vida matrimonial impuesta y desgraciada.

Así como supo ser leal con los que amó, también demostró su espíritu mordaz, burlón y violento. Supo encender odios que se perciben en numerosos escritos en su contra, intrigas, estadias en prisión y exilios de la corte. No le faltan osadía ni coraje, dice lo que piensa no importa a quién; así

dedica al propio conde-duque sus más duras críticas al sistema de los privados y no duda en señalar al mismo rey los errores en la conducción del gobierno.

Tanta actividad política y mundana no impidieron que encontrara siempre tiempo para su prolífica producción y para la meditación.

Entre el agitado ritmo de sus vaivenes y disgustos y las estadas amargas en prisión, su salud se va minando y comienzan a aparecer los síntomas de la enfermedad y la vejez. Finalmente muere en su villa de Juan Abad en 1645.

Obra en prosa:

Novela: *Historia de la vida del Buscón llamado don Pablos*. Se trata de una novela picaresca.

Obras políticas: *Vida de Marco Bruto*; *Política de Dios, gobierno de Cristo y tiranía de Satanás*.

Obras religiosas: *La cuna y la sepultura*.

Obras festivas: en general, son escritos breves, como *ida de la corte y oficios entretenidos de ella*, *Premática del 1600*, *Premáticas y aranceles generales*, *Cartas del caballero de la Tenaza*.

Obras satírico-morales: los *Sueños*, *La Fortuna con seso y la hora de todos*.

Parodias literarias: el principal blanco de las burlas de Quevedo fue el estilo culterano, al que parodió en *La cultalatiniparla* y la *Aguja de navegar cultos, con la receta de hacer "Soledades" en un día*.

Obra poética:

Poesía amorosa: ocupa la mayor parte de su producción y lo ubica como el más alto poeta de amor de la literatura española según el crítico Dámaso Alonso. Se hace sentir la influencia del poeta italiano Petrarca (1304-1374), quien se había constituido en modelo de poesía de amor, tanto en lo formal -por ejemplo la preferencia por los sonetos- como en lo temático. Se advierte gran interés por la belleza formal y por ajustarse a las normas del amor cortés. Los temas petrarquistas son el desdén de la amada, análisis de los estados de ánimo del poeta, sonetos de aniversarios y poesías de circunstancias (situaciones en las que se admira la belleza de la amada). Se destacan en Quevedo poesías de amor desgraciado, contemplativo y de amor y muerte.

Poesía grave: composiciones filosóficas y religiosas, por ejemplo reflexión sobre la existencia del hombre y su relación con la muerte, con fuerte influencia del estoicismo y meditaciones sobre la doctrina cristiana y sobre la figura heroica de Cristo.

Poesía satírica: ataca los vicios y las costumbres corruptas, critica a tipos genéricos y personajes concretos y en la vertiente literaria ridiculiza a los culteranos y a algunos héroes de caballería, valiéndose muchas veces de la parodia.

La bibliografía utilizada se puede consultar en biblioteca liceal:

"Selección poética de Quevedo" Francisco de Quevedo, selección, estudio preliminar y notas de Alicia Hebe Viladoms, Editorial Kapelusz, Buenos Aires, 1981.

"Quevedo" Gloria Salvarrey, Manual de Literatura de Editorial Técnica.

"Quevedo. Selección" Estudio y notas de Prof. Luis V. Anastasía, Ediciones de la Plaza.